

## EPÍLOGO.

---

La Commune se reservaba una nueva y última hecatombe para el día 27 de mayo; el sábado, víspera de Pentecostés, se debía por fin vaciar la cárcel. Pero la sangre inocente había corrido ya por dos veces, y conforme lo había anunciado el P. Olivaint, casi al mismo tiempo se abrió un claro en el cielo y una pacificación en la tierra. El sábado 27, la victoria estaba decidida, y el domingo 28, fiesta de Pentecostés, fué completada. No existía ya la Commune; París pertenecía de nuevo á sí mismo y á Francia. Es verdad, cuatro víctimas todavía, entre cuyo número Mon. Surat, primer vicario general de la diócesis, que salió demasiado pronto durante la noche del 27, cayeron bajo los muros mismos de la Roquette. Pero al día siguiente, la division del general Bruat se apodera de la posicion; las puertas se abren y ciento sesenta y nueve rehenes recobran la libertad y la vida.

Despues de haber salvado á los sobrevivientes, ocupose de encontrar á los muertos.

Los detalles que vamos á dar están textualmente estraidos de la informacion oficial redactada por orden del general Ladmirault, por el P. Escalle, de la Compañía de Jesus, cura castrense en el primer cuerpo de ejército. El que refiere el hecho no solamente ha asistido, sino que ha presidido la triste operacion.

Nuestras tropas, dueñas ya de la Roquette, acababan apenas de ocupar el cementerio del Père-Lachaise; algunos tiros aislados sonaban todavía aquí y allá, y ya, hácia las ocho de la mañana se hacia una escavacion en la trinchera abierta en el ángulo sudeste, completamente junto al muro de recinto. No se tardó en descubrir, bajo metro y medio de tierra humedecida por las recientes lluvias, los cuerpos de las seis víctimas, colocados á través, tres á tres, opuestos por los piés, y medio amontonados unos sobre otros, para economizar el puesto en la fosa comun; de un lado Mons. el Arzobispo, el P. Ducoudray y el P. Clerc; por otro, frente á frente, M. Bonjean, M. Deguerry y M. Allard. Las ropas manchadas con un lodo sangriento, habían sido desgarradas; los cuerpos aunque muy maltratados, estaban todavía bastante reconocibles. Se les colocó en seguida en féretros provisionales: M. Bonjean y M. Allard quedaron en la capilla misma del cementerio; y bajo una escolta de honor y seguridad, Mons. el arzobispo y M. Deguerry fueron trasladados al arzobispado calle de Grenelle, y los PP. Ducoudray y Clerc á nuestra casa de la calle de Sèvres.

El reconocimiento del día siguiente en Belleville fué mucho más difícil y laborioso; casi todo el día 29 se pasó en pesquisas, y una vez sobre el lugar mismo de la ejecucion, el registro no duró menos de tres horas. Se procedia al desarme de aquel barrio, la poblacion parecia todavía inquieta y hostil. El padre Escalle pidió al comandante militar una seccion de hombres de buena voluntad; vá por otra parte acompañado por el P. Bazin, salvado la víspera de la Roquette, por M. Lauras, gefe de lo contencioso de la Compañía del Ferro-carril de Orleans, y M. Enrique Colombel, doctor en medicina, el uno cuñado y el

otro amigo del P. Caubert, en fin por algunos oficiales de voluntarios del Sena.

Mucho costó al principio saber donde se habia cometido el crimen. Los soldados no sabian, los habitantes no querian decir nada: cada cual temia comprometerse, y, dándose como testigo, pasar por actor y cómplice. En fin, á fuerza de investigaciones, se está sobre el terreno. Se trataba entonces de extraer y reconocer una á una las cincuenta víctimas amontonadas en el horrible foso. Se practicó una nueva abertura en la bóveda; se introdujo una escalera que llegaba al suelo, y el intrépido doctor Colombel y sus bravos oficiales penetran y trabajan en aquel abismo de muerte, en donde hay ya una fermentacion de tres dias y tres noches. Hé aquí ya todos esos cuerpos alineados en el suelo y vueltos á la luz, pero tan desfigurados por el suplicio que apenas conservan todavía forma humana, y solamente con ayuda de los vestidos ó de algun otro signo accesorio es como se puede comprobar la identidad de las personas. Así solamente es como se pudo reconocer á los PP. Olivaint, Caubert y de Bengy, y el lunes 29 de mayo, entre nueve y diez de la noche, tres nuevos féretros fueron conducidos á la calle de Sèvres: los otros dos los aguardaban en la capilla dedicada á los Santos Mártires.

El mismo dia, volvia yo á París. Hasta la vispera solamente y hácia mediodía, no nos llegó por telégrama á Versalles la noticia de la doble catástrofe del 24 y 26. El P. Bazin, saliendo de la Roquette, vino pronto á confirmarla. Pedimos inmediatamente y obtuvimos el permiso de entrar en París para un asunto urgente. A través de las ruinas todavía humeantes, corremos á la calle de Sèvres. El P. Lefebvre, fiel guardian, custodiaba

aun el postigo de la casa abandonada. Casi al mismo tiempo y como por encanto, los hermanos separados y dispersos se reunian bajo el techo comun, con dulce gozo, mezclado de amarga tristeza. Cuántos vacíos y que vacíos entre nosotros!

El dia siguiente fué por completo consagrado á diversos preparativos.

En fin, el miércoles 31 de mayo, tuvo lugar la suprema ceremonia, con la solemnidad que comporta la sencillez de nuestros usos y la desgracia de los tiempos. A lo menos la iglesia de JESUS, cerrada, como tantas otras, hacia cerca de dos meses, se volvió á abrir bajo los auspicios del martirio. Se llenó tambien, y muchas lágrimas atestiguaron que las víctimas tenian muchos amigos. Cuatro ataúdes estaban colocados sobre un túmulo en la parte baja del coro, cubiertos con un paño y llevando cada uno la corona de siemprevivas tan bien merecida; el quinto habia sido introducido bajo un catafalco colocado mas adelante en la nave. El vasto coro estaba lleno de sacerdotes y religiosos que reaparecian á la luz como al salir de las catacumbas, de diputados venidos espresamente de Versalles y oficiales que se llamaban todavía los hijos del P. Olivaint y del P. Ducoudray. Despues del oficio salmodiado, subí al sagrado altar y durante el santo sacrificio reuní estos cinco nombres: Pedro, Leon, Juan, Alejo y Anatolio, asociados por la muerte y que habian venido á ser inseparables en la verdadera vida. El venerable M. Hamon, cura párroco de San Sulpicio, tuvo á bien, antes de la ceremonia de la absolucion, dirigir á la asistencia una viva y piadosa alocucion. Pero la sangre de los mártires, no hablaba ya bien alto de por sí?

Un conmovedor episodio vino á cerrar la dolorosa ceremonia

del Monte-Parnaso. Una gran multitud piadosamente simpática habia seguido el cortejo hasta el cementerio en que iban á ser depositados los cuerpos al menos por algun tiempo ; todos los ritos sagrados estaban cumplidos ; un jóven, un antiguo alumno de Vaugirard, pide hablar en nombre de todos sus amigos de colegio. Ciertamente, tenia derecho á ello. M. Eugenio de Germiny, hoy dia abogado en los tribunales de París, debió ser, si hubiese habido necesidad, el abogado del P. Olivaint ; y yo no sé que hubiese sido mas glorioso para este el ser defendido por uno de sus hijos, ó para aquel el defender á su padre. Pero ya lo hemos visto, en la Conserjería no hubo ni aun acusador ; en Mazas no hubo ni aun juez ; no hubo mas que verdugos en la Roquette. En lugar de una defensa, M. Eugenio de Germiny no tuvo que pronunciar mas que una oracion fúnebre. Se adelantó al borde de la tumba en donde acababan de bajar cinco féretros, y completamente pálido, temblando de emocion, dirigió su adios postrero á los amigos de su infancia :

MIS REVERENDOS PADRES.

SEÑORES,

« Quizás vuestras lágrimas no pidieran mas que el recogimiento y el silencio. Pero estos hombres que ahí estan, estos sacerdotes, estos compañeros de JESUS, son los que me han educado. Los antiguos alumnos de los Jesuitas no me perdonarian, si, en semejante momento, yo callaba nuestro reconocimiento y nuestros pesares ; y para mí, en el instante en que voy á separarme de mis antiguos maestros, no puedo, no, no puedo marcharme sin hablarles todavía una vez.

« Ah ! Señores, los que aqui llorais, son víctima de nuestras discordias civiles ; religiosos, parientes, amigos. Pero, nosotros !.... venimos á llorar á hombres que han sido muertos por nosotros, por nuestra causa.

« Lo que querian en efecto, esos pobres Padres, el objeto á que se encaminaban, era formar para Francia una juventud cristiana.

« Sabian que si en el corazon de un niño, se encuentra innato por decirlo así el amor de la familia y el amor de la patria, todo esto es bien débil, bien caprichoso, bien frágil, sin el amor de Dios ; y entonces, en la aurora de nuestra vida, nos habian recibido de la mano de nuestros padres, para fortificar lo que no era en nosotros mas que instintos, por medio de principios para hacernos capaces un dia del heroismo, enseñándonos la ley, severa y consoladora á la par, del sacrificio.

« Pero frente á nuestros maestros, en medio de las conmociones civiles de nuestro desgraciado país, se han encontrado algunos hombres capaces, de todos los crímenes. Esos hombres se han dicho : « Para que la sociedad nos sea una presa fácil, nos es indispensable una sociedad sin Dios. » Y sintiéndose los mas fuertes, durante algunas horas, han matado á los que preparaban á Francia una raza de cristianos.

Si, para esto han ido á buscar á pobres religiosos en sus celdas, y los han retenido prisioneros durante seis semanas. No los presentaban delante un tribunal cualquiera porque (uno de ellos lo habia confesado) no habrian sabido de que acusarles ; solamente, alguna vez les interrogaban para tener ocasion de insultarles. — Pero juzgadles, pues, se les decia, no quedan mas que algunos dias. — Oh ! no, respondian ellos hipócritamente, que-

remos antes que se calmen las pasiones populares. — Y despues, han ido á cogerlos, para fusilar á unos á la puerta de la cárcel, asesinar á otros léjos, despues de haberlos espuesto á las rechiflas y á los insultos de la muchedumbre, han infligido á todos tales tratamientos, que, despues de haber examinado las cincuenta víctimas, se encontraron los despojos de los pobres Padres, se pudo contar los culatazos que les habian roto el cráneo, descubrir el sitio en que les habia herido la bala, aquel en que les habian alcanzado las bayonetas; se vieron todas las trazas de su cruel martirio; pero no se pudo apenas reconocer sus facciones.

« Ah! comprendeis bien, Señores, que frente á estos hombres que han sufrido todo esto por nosotros, nuestros gemidos tengan el derecho de hacerse oír, y que seríamos bien ingratos si nos fuera posible contenerlos.

« A Dios pues, ó vosotros que nos habeis educado! á Dios! vosotros que habeis sido por nosotros lo que los Apóstoles eran para los primeros cristianos. Ellos marchaban esparciendo la buena nueva y la buena semilla, abandonando todos los goces legítimos de este mundo, formando por todas partes generaciones de fieles; despues un dia, sabian estos que el diente de las bestias malignas habia destrozado al hombre de Dios que los habia evangelizado, y el acto sangriento de la fé de los maestros aseguraba la fé naciente en el alma de los discípulos. Vosotros habeis hecho lo mismo. Para mejor educarnos, para amarnos mejor, os habiais separado de todas las afecciones del mundo. Ni aun os reservabais aquel goce del padre de familia que, al fin de su vida, se consuela y descansa de los cuidados que exigió la educacion de sus hijos, rodeándose de su reconocida ter-

nura; porque, cuando habiais hecho de nosotros hombres y cristianos, os separabais de nuestro lado, dándonos á esta sociedad tan á menudo ingrata hácia vosotros. Y hé aquí que hoy, por vuestro martirio, poneis el sello á nuestra educacion; hé aquí que somos fortificados en la fé por vuestra sangre vertida por la fé, como los primeros cristianos por la sangre de sus Apóstoles.

« A Dios! ó vosotros á quienes hubiéramos todos querido salvar!

« O Padre mio, vos que habeis sido mas especialmente mi maestro, vos que dirigiais el colegio de Vaugirard, cuando era yo alumno en él, si vuestros verdugos hubiesen conservado algun resto de justicia, no habiais comparecido delante de ellos, sin encontrar entre nosotros un defensor.

« Y vos, que habeis educado tantos oficiales cristianos para el ejército francés (que todos los antiguos alumnos de los Jesuitas me dejen ser su intérprete) entre estos soldados que entraban en París, para restablecer en él el orden y la paz, los habia que fueron vuestros hijos y que, pensando en vos, se lanzaban con mas ardor ante el peligro, desafiaban la muerte, se apresuraban con la esperanza de llegar todavía á tiempo para salvaros. Ay! ay de mí! Deseos impotentes! nuestro ardiente deseo nada ha podido! Y para resignarnos en la desesperacion de nuestros destrozados corazones, no podemos mas que recordarnos las últimas palabras trazadas por la mano de uno de vosotros: » Que la voluntad del Señor sea bendita!

« A Dios! por última vez, á Dios!

« Pero que esta última palabra no esté demasiado impregnada de tristeza. Vosotros nos habeis enseñado á elevar nuestras

almas, á llevar mas alto nuestros corazones; y, cuando yo busco en esta tumba en que habeis bajado, algun eco de mi voz, oigo que me devolveis la palabra que os dirijo, sí, oigo que me decís, á vuestra vez: *A Dios!* y comprendo que esta palabra debe consolarnos. Si, estais cerca de ese Dios con el cual habeis alimentado nuestra infancia; junto á ese Dios es donde nos citais, cuando en la hora de nuestra juventud, venimos á aliviar nuestro dolor, llorando sobre vuestros féretros. Ah! este recuerdo nos quedará; al declinar nuestra vida, guardaremos todavía su memoria. Si, siempre nos acordaremos de la cita que nos dais, en donde nos aguardais ya, y os juro que serémos fieles á ella!.... *A Dios.*»

Ahora, despues de cumplidos los últimos deberes y el último homenaje de todos esos jóvenes, que puedo todavía y siempre llamar mis hijos, no seria conveniente referir como un testimonio de nuestros amigos, aquellas innumerables cartas, venidas no solamente de todas partes de Francia, sino de todos los paises de Europa? Créese oír un prolongado grito de dolor. Quiero á lo menos citar una; porque conviene despues de todo, dejar la palabra al Padre de toda la familia religiosa; sabe tambien llorar grandemente á sus hijos que ya no existen, y solo él puede, con Dios, consolar á los que le sobreviven. Doy el testo latino y la traduccion.

Romæ, 1 jun. 1871.

«REVERENDE ET CARISSIME PATER,

«*Pax Christi.*

«Accepi hodie litteras Reverentiæ Vestræ d. 28 maji, quæ timorem quem ultimo tempore in corde habebamus, confirma-

runt: Dominus dedit, Dominus abstulit, sit nomen Domini benedictum! Ex me ipso metiri possum quid tu sentias, carissime Pater. Omnes preces, omnia sacrificia quæ poteram, ultimo tempore pro vobis vestrisque rebus Deo offerebam. Verum non fuit voluntas Dei, ut dilectissimos illos Patres nobis conservaret; victimas habere voluit, quo Majestas sua tot flagitiis irritata placaretur. Et nihil nobis superest, nisi ut divinæ voluntati nos subjiciamus. Pro salute Galliæ vitam suam dederunt; nos quidem in terris multum perdidisse videmur, sed Deus, qui dives est in misericordia, aliis modis retribuere potest, et pastor æternus pusillum gregem suum non deseret. Oculos ergo et cor nostrum elevemus ad Deum, qui propter illos ipsos, quos ex Societate nostra in holocaustum poposcit, nostri miserebitur. Audio etiam Patres nostros egregium charitatis et devotionis exemplum usque ad ultimum vitæ momentum dedisse, de quo misericordissimo Deo gratias agere debemus, et eo majores gratias nobis sperare possumus. Unde, carissime Pater, Dei judicia in humilitate adoremus et ejus providentiæ nos committamus.

«Ego quidem vestri semper memor sum in orationibus, ut Deus omnia vestra bene disponat. Video adhuc multas difficultates et gravia pericula; sed in manu Domini sumus. Et qui habitat in adjutorio Altissimi in protectione Dei cœli commorabitur.

«Dominus Reverentiæ Vestræ et sociis omnibus benedicat et me Sanctissimis Sacrificiis commendo.

«Reverentiæ Vestræ servus in Christo.

«PETRUS BECKX S. J.»

« Roma, 1.º de Junio de 1871.

MI REVERENDO Y QUERIDO PADRE,

« La paz de N.—S.

« Recibo hoy vuestra carta del 28 de mayo, que confirma todos nuestros temores. *El Señor nos los había dado; el Señor nos los ha quitado; que el nombre del Señor sea bendito!* Puedo comprender bastante por mí mismo lo que vos sentís, mi muy querido Padre. Todas las oraciones y todos los santos sacrificios de que podía disponer, los ofrecía por vos y vuestros asuntos á Dios en estos últimos tiempos. Pero su voluntad no ha sido el conservarnos á esos muy amados Padres; ha preferido el tomarlos como víctimas, á fin de apaciguar á su divina Majestad irritada por tantos crímenes, y no nos queda mas que someternos á sus adorables consejos. Han dado su vida por la salvación de Francia. Parece, es verdad, que hemos perdido mucho en la tierra, pero Dios, que es rico en misericordia, tendrá otros medios de indemnizarnos, y el eterno Pastor no abandonará á su pequeño rebaño. Elevemos pues hácia Dios nuestros ojos y nuestros corazones; gracias á esos dignos hijos de la Compañía que nos ha pedido en holocausto, tendrá piedad de nosotros. Sé aun que nuestros Padres han dado hasta el último momento de su vida grandes ejemplos de amor de Dios y del prójimo; debemos por ello dar las gracias á la infinita bondad de Nuestro Señor, y para nosotros este es un título mas para esperar nuevas gracias. Así pues, mi muy querido Padre, adoremos humildemente los juicios de Dios y confiémonos á su Providencia.

« En cuanto á mí, me acuerdo sin cesar de vos en mis ora-

ciones, á fin de que Dios disponga bien todo lo que os interesa. Veo todavía numerosas dificultades y grandes peligros; pero estamos en las manos del Señor. *Y aquel que habita en el socorro del Altísimo permanecerá bajo la protección del Dios del cielo.*

« Que nuestro Señor os bendiga y á todos vuestros compañeros. Me recomiendo á vuestros santos sacrificios.

« De vuestra Reverencia,

« El servidor en Jesucristo,

« PEDRO BECKX, S. J. »

Esta carta es de la mano del reverendísimo Padre general de la Compañía y toda ella del corazón del mismo San Ignacio.

Por lo que á mí toca, después de haber recogido, con fraternal amor, las actas y como las reliquias de mis hermanos inmolados, no sé mas que repetir su santa y noble divisa: *Ibant gaudentes!* Oh! como se va con ella de prisa y alto. Ella era verdad ya al principio, sobre sus labios; cuanto mas, al fin, no lo es en su corazón! Ella presagiaba entonces el martirio, y ahora lo corona. Sí, en verdad, si fuerte es la caridad de Jesucristo, si dulce la esperanza del cielo, ellos marchaban, felices de sufrir y de morir por el amor de Jesús, *ibant gaudentes, quoniam habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati*; pero me atrevo á pensarlo y escribirlo, son ahora mucho mas felices por no deber hacer mas que gozar ahora y siempre, de la gloria de JESUS.

Hermanos, no estais ya en el mundo, pero nosotros estamos todavía en él, y somos todos de la Compañía de JESUS. Mucho

nos amábamos; amémonos para siempre los unos á los otros. Os felicitamos por vuestra victoria, asistidnos en nuestros combates. Nosotros harémos tambien nuestra, vuestra divisa: *Ibant gaudentes!* Os seguiremos para volvernos á unir, y con el gozo de la esperanza y del amor, por el Calvario irémos al Cielo, en donde nos aguardais.

FIN.

## ÍNDICE.

---

	PÁG.
Dedicatoria. . . . .	7
Noticias biográficas.. . . .	11
Preliminares. . . . .	15
Los arrestos. . . . .	21
La Conserjería. . . . .	33
Mazas. . . . .	41
La Roquette y las ejecuciones. . . . .	81
Epílogo. . . . .	106

---